

Noches a la intemperie

Segundo Abadía, de 76 años, es uno de los 976 adultos mayores que viven en situación de calle en Colombia. Su historia refleja un problema social que lo lleva a dormir en un andén de Villavicencio, apenas con un par de cobijas, una bolsa negra y palo de escoba hecho bastón.

Por: Natalia Peláez Sabogal¹



Segundo Abadía, de La Vega, Cundinamarca, vive ahora en las calles de Villavicencio. Fotos: Natalia Peláez Sabogal. Villavicencio. uestiones laborales de sus padres.

Empieza a caer la noche y con ella, algunas pequeñas gotas que anuncian que pronto . Fotos: Natalia Peláez S.

empezará a llover más fuerte. Sentado en un andén al otro lado de la acera y diagonal al negocio en donde duerme desde hace 10 años, se encuentra Segundo Abadía, un hombre de 76 años, quien espera con paciencia, como lo hace cada noche, que el restaurante que se encuentra en su esquina cierre y pueda así dormir sobre una colchoneta y bajo unas cuantas cobijas que carga en una bolsa negra. Desafortunadamente, como él, viven alrededor de 976

¹ Estudiante de cuarto semestre de Comunicación Social-Periodismo de la Corporación Universitaria Minuto de Dios, Rectoría Orinoquia (Villavicencio, Meta).

adultos mayores, de los 6.248 habitantes de calle registrados en 2021 en Colombia por el Censo Habitantes de la Calle (CHC) del Dane.

En el barrio Hacaritama todos lo conocen. Mientras charlábamos pasaron varios vecinos saludándolo, entre ellos un vendedor de tintos: «adiós, vecino, descanse», le dice, a lo que él responde de manera amable y cordial con una despedida similar, como si lo conociera desde hace mucho tiempo. Y es que después de estar viviendo tantos años en su esquina, como él la llama, ya se volvió uno más de los vecinos del barrio, aunque no tenga ni casa ni cama.

Lleva 50 años viviendo en los Llanos Orientales. Llegó con sus padres y cuatro hermanos en busca de un mejor futuro, pero la vida lo llevó a hacer de la calle su lugar de residencia durante la última década. Se estima que, aproximadamente, dos de cada cinco habitantes de la calle llevan 10 o más años en esta situación, según una caracterización realizada en 2021 por el Ministerio de Salud.

Al preguntarle sobre su infancia, evade la pregunta. Ante mi insistencia, solo contesta que recuerda que lo enviaban desde muy pequeño a hacer mandados y pedirles a sus padrinos que le regalaran un poco de panela y otros alimentos. Deduzco, por su evasión a la pregunta, que no tuvo una niñez fácil y que le genera algún tipo de sentimiento negativo que trata de evitar. No lo expresa. Y pienso en la Colombia de mediados del siglo XX, en la cual creció, e imagino cuán diferentes eran las cosas. Pero hay algo que no cambia: la presencia de las guerrillas en las zonas olvidadas del país. Cuando era joven, vivió algunos años en Medellín del Ariari, un corregimiento del municipio El Castillo, en el departamento del Meta. Allí, en muchas ocasiones, guerrilleros de las Farc lo invitaron a unirse a sus filas. Comenta que era normal verlos caminar en medio de calles sin pavimentar. Siempre se negó a la invitación, aunque confiesa su gusto por las armas, aquel que nació de su corto paso por el ejército, al que lamenta haber dejado. Una madre, que trabajaba lavando ropa, y un padre, en el campo —porque no siempre tenían trabajo—, fueron las imágenes que le hicieron entender que su infancia estaba atravesada por dificultades financieras muy

difíciles de superar. «Mis papás no me dejaron herencia, ellos no tenían nada, mi herencia es dormir en la calle», dice señalando con un gesto el pavimento.

Un informe de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) de 2018, revela una realidad aún más impactante: se estima que los niños provenientes de familias pobres en Colombia podrían requerir hasta once generaciones para alcanzar el nivel de ingresos promedio del país. Precisamente, por esos problemas económicos es que Segundo terminó durmiendo en los andenes, después de vivir por más de cincuenta años bajo un techo seguro, que hoy en día le hace falta.



Solitario, y sin el apoyo de sus familiares, Segundo Abadía sueña con tener un trabajo digno y vivir muchos años más.

. Fotos: Natalia Peláez S.

Caen gotas de lluvia un poco más fuertes, pero por resistencia, permanecemos sentados en el andén. Me concentro en su rostro, pienso que probablemente hoy pasará mala noche por la baja temperatura que empieza a sentirse. Me deja ver que ya está acostumbrado al frío y a las noches lluviosas. Sin embargo, el ruido de hombres y mujeres alegres que festejan en el bar de al lado se alcanza a escuchar desde donde estamos; es lo que más interrumpe su

sueño. «La verdad, es que uno trasnocha mucho, porque al lado hay una licorera y no dejan dormir», y así, irónicamente, se queja de lo que algún día fue. Porque cuando era joven, mientras trabajaba como ayudante en obras de construcción, derrochó en cerveza, juegos de tejo y billar lo poco que se ganaba. «Con eso, uno no hace nada en la vida», dice a manera de arrepentimiento. Entonces, me lo imagino riéndose entre cantinas y música popular, sin sospechar que algún día ya no tendría un techo seguro ni comida, y que su base cama sería el suelo con una vieja colchoneta.

Muchas veces se enfrenta al trasnocho durmiendo durante el día en un polideportivo cercano, mientras espera a que su ropa se seque, aunque solo carga con dos pantalones y dos camisas que, previamente, lava en un pequeño riachuelo cercano a la Universidad Santo Tomás, no muy lejos de aquí. Allí aprovecha para bañarse cada ocho días aproximadamente, aunque a simple vista no parezca, porque se mantiene siempre pulcro. Noto, por su cara de asco, que no le gusta ir a ese lugar. Me comenta que su desagrado proviene de la gran cantidad de basura, y también porque otros habitantes de calle, a veces, lo utilizan para consumir drogas, principalmente marihuana y bazuco. Es justamente el consumo de sustancias psicoactivas (33,5%), la razón principal por la que se inicia la vida en la calle, seguido de los conflictos familiares



(25,7%), las dificultades

Segundo prestó servicio militar por un año y se arrepiente de no haber continuado.

económicas (15,4%), el gusto personal (7,8%), la falta de trabajo (7%) y otros motivos (10,5%), según el CHC realizado por el Dane.

«Yo hago mis necesidades en el rastrojo, al lado de un puente, a mí se me complica todo eso en la vida», confiesa. Entre obstáculos, ha sabido adaptarse de tal manera que,

sorprendentemente, tiene una gran determinación para vivir.

—¿Cree en Dios?, le pregunto.

—Claro, en todo momento.

—¿Qué le pide?

—¡Ay, carajo!, que me dé larga vida.

—¿Quiere vivir mucho?

—200 años.

—¿Para hacer qué?

—Para conseguir un carro, una finca, una casa. Si pudiera trabajar, lo estaría haciendo en la rusa. Le pido a Dios que me dé larga vida.

—¿No le parece que dormir en la calle no es vida?

—Es vida, así duerma uno en la calle o en el campo.



Segundo guarda sus cosas en una bolsa negra durante el día en esta tienda ubicada en Villavicencio. Hablarle de ancianatos, es para él un sinónimo de muerte y un antónimo de libertad, desea que no se los nombren, no es una opción, prefiere vivir en la calle que en un hogar geriátrico. Su rechazo proviene de la historia de un amigo, quien le contó que en aquellos lugares no los dejaban pasear ni les ofrecían buena comida, entonces, optó por escaparse de aquel refugio de adultos mayores, cuya cifra en Colombia subirá para el 2050 a 15,3 millones, es decir, el 24,7% de la población mundial, según reza el informe Personas mayores en Colombia: Hacia la inclusión y la participación, realizado por el Dane en 2021.

Hoy, el viejo está vestido de camiseta roja, gorra, pantalón gris y sandalias de caucho; carga con sigo una maleta negra en donde guarda lo poco que tiene. Por ahí dicen que la edad no llega sola, y a Segundo, los años, desde hace algún tiempo, le pasan factura.

«He sentido mucho dolor en los riñones y la espalda, también estoy cojo, por eso ando con este bastón», y señala un palo de escoba que tiene junto a su equipaje. En su rostro y su brazo sobresalen algunas cicatrices que dejan ver que no le ha tocado fácil en la vida. Cuando apenas llegaba a la calle, tuvo un enfrentamiento con otro habitante. «Intentó pegarme con un tubo y me partió el brazo. Yo tengo bastante plata», dice entre risas, con un tono irónico al referirse al platino que le pusieron en su extremidad.

Tiene una memoria muy lúcida y por algunos comentarios noto que está enterado de todo lo que pasa a su alrededor. Es padre de tres hijos: una mujer, que vive en Arauca y con la cual vivió algunos años, pero que por los regaños e incomodidades que sufrió, decidió regresar a Villavicencio; dos hombres, que viven en el municipio de Granada y a los cuales espera visitar en los próximos meses.

—¿Pero usted sí apoyó a sus hijos?, le pregunto.

—¿Cómo los iba a apoyar si me pagaban muy poco?

Tiene otros dos hermanos que de vez en cuando le colaboran. A veces los llama de un celular de minutos de tienda. Cuenta, además, que su hija y su hermana le pagaron por un tiempo el arriendo, pero se colgaron en los pagos y terminó de vuelta en la calle.

Algo que resulta preocupante es que, en el 2020, el 28,4% de las personas mayores

(equivalente a 1,8 millones de personas) se encontraban en hogares en situación de pobreza monetaria, según el informe Personas mayores en Colombia, realizado por el Dane.

Al frente de donde estamos, hay una tienda tradicional de barrio, encima de una de las vitrinas está una bolsa negra con la colchoneta y las cobijas de Segundo. Desde hace algún tiempo, ahí le hacen el favor de guardarlas. Están cerrando la tienda y el propietario le avisa desde la otra acera que le van a dejar sus cosas afuera. Agradece. Pasan los carros por la avenida principal, y en medio de estos, volteamos a mirar de nuevo hacia al negocio y nos damos cuenta de que ya no está la bolsa negra. Con un poco de esfuerzo, Segundo se pone de pie rápidamente y trata de pasar la calle sin importarle ser embestido por los carros y las motos. Empiezo a mirar hacia todos los lados buscando entre vehículos y personas al presunto ladrón. Dentro de mí, solo está la frase: «lo que faltaba, vengo a entrevistarlo y terminan robándole sus pocas cosas». Caminan hacia nosotros unos vendedores de bolsas, cargan las cosas de Segundo y se las entregan. Nos cuentan que otro habitante de calle las había tomado y que las recuperaron porque sabían a quién pertenecían. «Me volvió el alma al cuerpo», me dice el viejo. Y algo asustados por lo sucedido, nos despedimos con una sonrisa.

Al siguiente día vuelvo a transitar por allí, y lo encuentro ya dormido. Es inevitable que su imagen no me genere tristeza, me arrugue el corazón y haga que me pregunte: viejo, ¿cuál será tu futuro? Allí queda Segundo, como desde hace diez años, sin más abrigo que la noche fría, una bolsa negra, un bastón y un par de cobijas.